

ROSS LECKIE

ESCIPIÓN

LA TRILOGÍA DE CARTAGO II



Nacido en el seno de una familia de gran alcurnia y educado desde pequeño para cumplir un papel relevante en la vida romana, Escipión fue el arquetipo del gran aristócrata, amante tanto de las bellas artes como de las artes de la guerra. Su triunfo sobre Aníbal en la batalla de Zama, unido a otras importantes victorias sobre Antíoco y Filipo V, sentó las bases para la construcción del fabuloso Imperio Romano. No obstante, en la cúspide de la gloria, Escipión sucumbió a las intrigas urdidas por sus rivales políticos para despojarlo del poder.

Narrada con dos voces yuxtapuestas, la del propio Escipión y la de su secretario y confidente Bostar, esta novela (continuación de *Yo, Aníbal, general de Cartago*, del mismo autor) recoge desde dos ángulos distintos los rasgos de carácter que, en su grandeza y en su miseria, determinaron no solo la vida de una persona, sino la de todo un imperio.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Escipión el Africano](#)

[Mapa](#)

[Preaelectio](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte. La formación](#)

[Segunda parte. La prueba](#)

[Tercera parte. La acción](#)

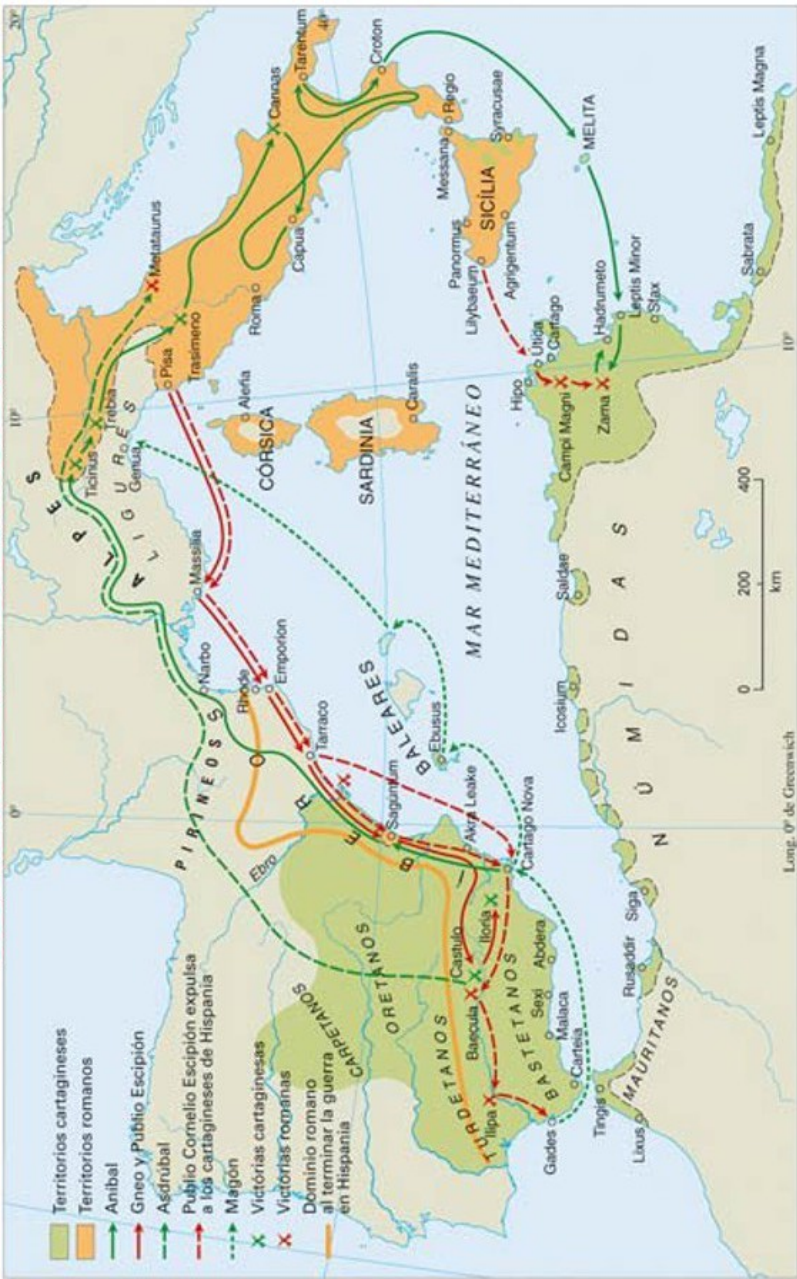
[Epílogo](#)

[Cronología. La grandeza de Roma](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

EL MUNDO DE ESCIPIÓN



Estoy muy agradecido a Peter Cochrane.
Su estímulo fue decisivo y su revisión segura.

τίς γάρ οὕτως ὑπάρχει φαῦλος ἢ ῥάθυμος ἄνθρωπον
ὄς οὐκ ἂν βούλοιτο γνῶναι πῶς καὶ τίτι γένοι
πολιτείας ἐπικρατηθέντα σχεδὸν ἅπαντα τὰ κατὰ
τὴν οἰκουμένην ἐν οὐχ ὄλοις πεντήκοντα καὶ τρισὶν
ἔτεσιν ὑπὸ μίαν ἀρχὴν ἔπεσε τὴν Ῥωμαίων, ὃ
πρότερον οὐχ εὐρίσκεται γεγονός;

- “ *Nadie puede ser tan inútil y pusilánime como para no querer enterarse de qué manera y con qué sistema de gobierno los romanos, en cosa de cincuenta años, conquistaron casi todo el mundo habitado, una hazaña sin parangón en la historia humana*”.
- Polibio, Historia, 1,5*

PRAELECTIO^[1]

Estas son las memorias ficticias de Publio Cornelio Escipión (236-182 a. C.), llamado el Africano, un título honorífico que se le adjudicó por conquistar África en general —aunque no la conquistó—, y por derrotar a Aníbal el cartaginés (247-182 a. C.), al que sí derrotó en la batalla de Zama (202 a. C.).

Bajo la jefatura de Escipión, real o supuesta, Roma dominó el mundo. Un mundo muy lejano y muy pequeño, pero un mundo que, para bien o para mal, ha formado el nuestro. En tiempos de Escipión, después del saqueo de Siracusa en 211 a. C., los romanos comenzaron a adoptar la cultura de la antigua Grecia. A esa fusión debemos nuestras leyes, nuestro arte, nuestra ciencia, nuestra arquitectura y nuestra literatura, gran parte de nuestro idioma y nuestro sistema de gobierno, y lo mejor (y parte de lo peor) de lo que somos.

Como era costumbre en la época, he dado a Escipión un secretario ficticio, un *amanuensis*. Su nombre es Bostar y si hubiera vivido, habría servido a Aníbal antes que a Escipión. Esta es una continuación de *Yo, Aníbal, General de Cartago*, en la que ya se dice algo de Bostar. También es como una especie de espejo de aquella novela, porque la vida de Aníbal y la de Escipión fueron prácticamente iguales, y ambos hombres murieron el mismo año.

Lo que el lector va a leer es lo que yo imagino que Escipión dictó a Bostar. Pero Bostar es más que un simple amanuense y esta es también su historia. Es amigo de Escipión,

con todo lo que esto significa. Comenta, aclara, glosa. Y como ambos hombres saben demasiado bien la importancia del pasado en el presente, la historia de su vida y de su tiempo trata de ambos.

Así, Bostar se turna con Escipión. La suya es una simbiosis de cosas que fueron y que pudieron haber sido, y de otras que aún podrían ser.

PRÓLOGO

Los tambores retumbaban mientras los senadores, blanca la toga y la cara seria, pasaban junto a nosotros camino de sus escaños. Mi hermano y yo estábamos firmes y todavía en la tarima que había en el centro de la cámara, mirando al frente, con los brazos pegados a los costados, tal como habíamos convenido. Podía percibir a Catón, percibía su olor mientras llegaba, como siempre, en último lugar. Me había prometido no mirarlo. Pero cuando pasó, nuestras miradas se cruzaron. Vi odio en sus ojos azul aguamarina (¿quién podría dudar de su bastarda sangre celta?), bajo aquellas cejas salientes, y la testa de rústico, gacha y calva.

Nuestras miradas se cruzaron y sonrió burlonamente. Al pasar levantó el índice de la mano derecha. El signo de la victoria. Pensaba que había ganado.

Los tambores se detuvieron. Los senadores se sentaron. La voz de Fabio Pulcher, padre de la cámara, resonó:

—*Patres et conscripti*, senadores de Roma, se reanuda el juicio de los hermanos Escipión.

Un centenar de senadores se sentaban en silenciosas filas alrededor de nosotros. Detrás de ellos, con las armaduras relucientes, en posición de firmes, los soldados de la guardia senatorial rodeaban la sala. Muchos habían servido conmigo o con mi hermano. Habían luchado por mí como yo había luchado por Roma, en las montañas de Hispania y Asia, bajo cielos lejanos y extraños, en los valles y llanuras de las Galias e Italia, en los pantanos de Macedonia y en las arenas de los desiertos de África.

Nunca fui derrotado. Salvé a Roma de la venganza de Aníbal y a Cartago de la venganza de Roma. Derroté a Filipo de Macedonia y al Antíoco que llamaban el Grande. Conseguí honor para mi estirpe. Di a Roma su ejército. Solo quería, al igual que mis antepasados desde tiempos inmemoriales, servir a la república de Roma. Conmigo, Roma ha dominado el mundo. De ser una ciudad estado, casi destruida por Aníbal, se ha convertido en metrópoli y en el mundo, y todo se lo he dado porque Roma ha sido mi vida, mi amor y mi canción.

Ahora, los que me deben incluso la capacidad de hablar, la utilizan para acusarme. La gente dice que soy un dios, mis pares que solo un hombre. Sé que soy lo último. Y como hombre me siento totalmente solo. Las injusticias de la vida, sus absurdos, zumban en mi cerebro como moscas, fétidas y negras. He vivido la vida intensamente y ahora conozco las lágrimas de las cosas.

Fabio se levantó. El silencio era escalofriante. La luz que entraba por la cúpula, intensa. Vi, el último día de nuestro juicio, un nuevo adorno del tribunal. En una mesa baja, cercana a la tribuna del acusador, estaba la urna de los votos, y delante, en ordenadas filas, cien tablillas de boj cubiertas de cera. En ellas, cuando llegue el momento, mis pares escribirán una letra con el estilo: L para *libero*, C para *condemno*... dos vidas a merced de dos letras.

—Senadores —dijo Fabio—. ¿Cuál es hoy la acusación y quién la promueve?

Catón, con su cojera de cangrejo, avanzó desde los bancos hasta una tribuna que había a nuestra derecha. Dice que lo hirieron en una guerra. Yo no lo he visto en ninguna, y en esta época no ha habido guerra en la que yo no haya participado. Creo la anécdota de que en realidad fue coceado por una mula. Así se rompió la cadera.

Vaya piojo, pensé. Casi ni se le ve por encima del antepecho de la tribuna desde la que lanzará su acusación. Qué

voz tan vulgar. Después de tantos años en Roma, habla todavía como una verdulera.

—La última acusación, oh padres, es de extorsión, y yo, Marco Porcio Catón, la presento en nombre del Senado y del pueblo de Roma.

—¿A quién acusas? —preguntó Fabio.

—A los dos hombres que hay ante ti: a Lucio Cornelio y a Publio Cornelio Escipión, a quien llaman —añadió con desprecio, mirándome, escupiendo la palabra— el Africano.

—¿Y qué pena pides?

—Por las pruebas que ya os he enseñado, padres, y por lo que diré hoy, solo puede haber una pena. Una pena que, como exige la ley, solo puede ser el garrote.

—Muy bien, comienza.

Hace casi un mes de todo esto. Estamos esperando el veredicto, tras dar garantías de que no huiríamos de Roma, yo en mi villa costera de Literno y mi hermano en su casa de Roma. La garantía fue la ofensa final.

—Nunca he huido de nada —dije—. ¿Huiré ahora de Roma? Quizá sepa el veredicto mañana. Quizá dentro de varios meses. El Senado tiene que escuchar la voz del pueblo. Pero después de casi treinta años de soldado, he aprendido a vivir sin miedo. Por enfermedad, por la espada o el garrote... nadie puede decir cuándo terminará mi vida.

Mi hermano busca en el vino un olvido negro. Mi solaz está en esta granja y en la historia que estoy dictando a Bostar, mi secretario y amigo. El Senado, o los dioses, me quitarán la vida. Pero no podrán destruir esta historia. Bostar la copiará cuando haya terminado y pondrá las copias a salvo.

Aunque no existiera esta historia, yo no moriría del todo. Ni el tiempo, ni el hombre, ni el hambre, ni las tormentas, ni las enfermedades pueden destruir lo que he hecho. Las hazañas de Escipión serán su erosionado y magnífico monumento fúnebre. Lo que ahora leéis es su relato. Una

construcción y un desmoronamiento: la vida de Escipión antes de que le llegue la hora de la muerte.

PRIMERA PARTE

La formación

Nostra autem res publica non unius esset ingenio, sed multorum, nec una hominis vita, sed alíquot constituta saeculis et aetatibus.

Pero nuestra República no fue fundada por un solo ingenio, sino por muchos, y no se consolidó durante la vida de un hombre, sino en el curso de los siglos y las edades.

Cicerón,
De Republica, II, I, 2

Las hojas están cambiando. Desde aquí veo cómo la estación fría marchita sus venas secándolas y amarilleándolas, y acercándolas al color marrón. Y lo mismo me pasa a mí. Siento el peso de los años; el dolor de la humedad, de las heridas, de largos días y cortas noches, de demasiadas cosas dándome vueltas en la cabeza. Siento el peso de los recuerdos, llamándome desde muy lejos. Y mientras espero el veredicto del Senado y del pueblo, me siento viejo, frío y débil.

La luna crece, muere y vuelve de nuevo, y el sol, y la hierba. ¿Crece y muere también el hombre, y no vuelve nunca? Me pregunto qué habré hecho yo. O Aníbal. Él me obligó a perfeccionar lo que se propuso destruir. Dicen que todavía está vivo, en Bitinia. Lo enviarán a buscar; Catón se

ocupará de eso. Pero Aníbal no vendrá. Solo pienso en cuánto amor ha tenido que perder para odiar tanto.

Aníbal odia. Yo he amado. He amado a Roma, la vida, la belleza proporcional que había. Estos pensamientos me consuelan. Considera, por ejemplo, la silla en la que me siento. Considera desde ella la clase de hombre que yo, Escipión el africano, soy.

No es una silla corriente. No es un simple trozo de haya andaluza, sin adornos. La silla procede de la ciudad de Siracusa, fruto del saqueo de esa ciudad por mi primo Claudio Marcelo hace veintiocho años. Entonces estaba yo en Hispania. Haberme perdido el asedio es una de las pocas cosas que lamento. Allí mataron a Arquímedes. Un maldito legionario le cortó la cabeza. Parece ser que estaba dibujando en la arena y no quería que lo detuvieran hasta haber terminado el teorema en el que estaba trabajando.

¡Lo que podríamos haber hecho de aquel hombre! Durante dos años había desafiado a Marcelo con sus ingeniosas máquinas. «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo», decía. Bien, en Siracusa inventó una enorme grúa. Desde las murallas de la ciudad sacó del agua las galeras de Marcelo. Sus catapultas hundieron a muchas otras. Cada vez que Marcelo retiraba los barcos, Arquímedes ajustaba las catapultas para que dispararan más lejos.

Aunque era matemático (tengo varios trabajos suyos en mi biblioteca), perfeccionó la ciencia de la mecánica. Los romanos estamos orgullosos de nuestros mecánicos e ingenieros, pero la verdad es que esto también lo aprendimos de los griegos.

Mis acusadores, sobre todo Catón, dicen que dichas observaciones demuestran que soy helenófilo y no un verdadero romano. Qué estupidez. Amar lo griego no debería ser un insulto. Así como admito nuestras deudas, también digo que solo un pueblo como el nuestro ha podido crear con ellas lo que ha creado. Sí, nuestros artesanos no podrían haber hecho una silla como esta en la que me siento,